

## X

### ÉPOCA DEL HUMANISMO Y DEL RENACIMIENTO

El acontecer humano que constituye el objeto de la Historia, prosigue incesantemente su curso, de año en año, de generación en generación, de siglo en siglo: mucho es lo que cambia, y mucho lo que permanece, sin que jamás ocurra una detención, sin que jamás venga un año o un decenio del que pueda decirse que en él termina un período y empieza otro nuevo. Cualquiera que sean los períodos en que dividamos el decurso de la historia, sean breves o largos, se tratara siempre de fases de transición, en las que lo nuevo se mezcla con lo viejo. De ahí que tampoco nos sea posible fijar con precisión cuándo termina la Edad Media y cuándo empieza la Moderna. Ideas e instituciones hay, típicamente medievales, que perviven hasta el siglo XVIII y aún más allá, mientras que algunas de las innovaciones que han contribuido substancialmente a la configuración de los tiempos modernos, tienen ya sus raíces en el siglo XIII.

Por otra parte, no es posible negar que hay ciertos períodos en los que el cambio procede a un ritmo más rápido que en otros, en los que mucho de viejo decae para dar paso a mucho de nuevo, Pues bien, uno de estos tiempos es sin disputa el período que va de mediados del siglo XV a mediados del XVI.

#### *Cambios sociales y económicos.*

En el siglo XIII, que nos hemos habituado a mirar como la culminación de la Edad Media, la población de Europa, con exclusión de la actual Rusia, entonces muy poco poblada, y de los países balcánicos, debía ser de unos treinta millones de almas. Este número fue creciendo ininterrumpidamente, y ni siquiera la más grave de las epidemias conocidas en la historia, la «peste negra» de mediados del siglo XIV, produjo más que una transitoria detención. En el año 1500 debía contar ya más de cincuenta millones de habitantes. Mucho faltaba para que el continente pudiera considerarse superpoblado; tratábase sólo de pequeñas masas que se iban concentrando en el espacio geográfico, mas lo cierto es que el acontecer histórico empezaba a desarrollarse a una escala mayor. Las guerras se

hacen ahora más sangrientas, las subversiones sociales ganan en amplitud y violencia, se complican el gobierno y la administración.

En los siglos XIV y XV empieza la gran época mercantilista. Los mercados se convierten en emporios de tráfico mundial. El comercio con el próximo y lejano Oriente pasa por Génova y Venecia. La seda china y las especias indias llegan a Europa atravesando el Asia y pasando por las colonias genovesas del Mar Negro. En el Norte el puerto donde se concentra el tráfico mundial es Brujas, substituido a mediados del siglo XV por Amberes. Si Venecia y Génova son los centros del comercio con el Mediterráneo y el Oriente, Brujas y Amberes lo son del comercio con los países bálticos, con las ciudades hanseáticas del norte y el nordeste. A lo largo de la ruta terrestre que va de Venecia a Brujas surgen mercados continentales: Ulm, Augsburgo, Nuremberg. La banca está en manos de los italianos. «Lombardo» se hace sinónimo de prestamista y banquero. Sólo que los grandes establecimientos bancarios no son propiamente lombardos, sino florentinos y sieneses: los Bardi, Accajuoli, Alberti y, en último término, los más afortunados de todos ellos: los Médicis. Estos establecimientos tenían sus filiales y agencias en Londres, París, Brujas, Aviñón, y celebraban transacciones financieras con ciudades, reyes y papas. Así en el siglo XV Italia llegó a ser el país más rico de Europa, ocupando el lugar que hasta entonces había ostentado Francia. Sin embargo, la política de gran estilo no se había hecho aún solidaria de la economía y del comercio. Los estados seguían siendo puramente dinásticos y feudales. Italia es el centro económico de Europa, mientras políticamente es un país desgarrado e impotente. Y lo mismo puede decirse de las ciudades hanseáticas del norte y de las plazas flamencas: con toda su riqueza, no llegan a constituir unidades políticas independientes. Al aumentar la circulación del dinero, se eleva por todas partes el nivel de vida. En los primeros tiempos de la Edad Media el «pueblo» no desempeñaba aún ningún papel, y su presencia apenas se advertía; en los siglos XII y XIII empezamos a observar movimientos populares, que por cierto revisten un carácter casi socialista; desde fines del siglo XIV existe ya una burguesía. Los burgueses llegan a ser más ricos que los príncipes. El duque de Borgoña toma en préstamo el dinero que necesita de sus súbditos flamencos, Carlos V lo recibe de los Fugger de Augsburgo, León X de Agostino Chigi y de los florentinos.

### *Innovaciones técnicas.*

Los descubrimientos técnicos que presenció el siglo XV no resisten, desde luego, la comparación con los efectuados en el siglo XIX, sobre todo en número y vistosidad, pero no por ello fue menor su trascendencia histórica. Uno de ellos fue el descubrimiento de la brújula. Descubierta ya,

según parece, en el siglo XIV por unos navegantes de Amalfi, en el siglo XV fue causa de la transformación de todo el arte de navegar. La navegación deja de estar sujeta a las costas, y se hacen posibles los grandes viajes de descubrimiento. Las cartas geográficas ganan en exactitud, mejor dicho, ahora aparecen por primera vez auténticos mapas. Jamás se estimará bastante la influencia que la imagen geográfica del mundo ejerce sobre la cultura espiritual. Lo mismo podemos decir del estudio de las leyes naturales, iniciado ya con los grandes escolásticos del siglo XIII, Alberto Magno y Rogerio Bacon, y que culminó con el descubrimiento del sistema heliocéntrico por Copérnico. La nueva imagen del mundo, más ajustada a la realidad, dio lugar a una crisis religiosa. Hasta entonces los hombres se habían movido, por así decir, en un mundo mítico y maravilloso, aceptando indistintamente y del modo más natural, tanto lo real como lo irreal, lo verdadero como lo aparente. Pero ahora surge una humanidad más realista, convencida de tener los pies firmemente plantados en la realidad y de haber desgarrado todos los velos: y uno de estos velos es la religión, que aparece como algo irreal, como una mitología.

La invención de la pólvora, usada por primera vez en la batalla de Crécy en el año 1346, transforma poco a poco todo el arte militar y, con él, la política. En lugar de caballeros y mesnadas aparecen soldados y ejércitos propiamente dichos. Gonzalo Fernández de Córdoba, el general de Fernando el Católico, es el fundador de la guerra moderna. Mas la innovación más trascendental para la historia cultural de la humanidad entera fue sin disputa la invención de la imprenta, efectuada a mediados del siglo XV.

### *El nuevo tipo humano.*

Los movimientos espirituales y artísticos que conocemos con los nombres de humanismo y Renacimiento, no son los creadores del nuevo tipo de hombre que ahora sale en escena. Las cosas procedieron más bien a la inversa: la nueva humanidad que ahora despertaba, se sentía atraída por la antigüedad clásica, gustaba de ocuparse de ella, y de revestirse de un atuendo antiguo, pero, en realidad, el hombre renacentista, en todos los países, incluso en Italia, era lo más distinto que quepa imaginar de los antiguos griegos y romanos. La principal característica de los nuevos humanistas era un orgullo desmedido: vanidad, soberbia, sensación de poderío, un culto a la personalidad potenciado hasta el titanismo. La consigna general era romper las cadenas: y como cadenas se consideraban las leyes de la Iglesia y del Estado, los ordenamientos tradicionales: todo vínculo de comunidad era sentido como una injustificada limitación del individuo. Los nuevos ideales no surgieron como consecuencia del estudio histórico de la antigüedad: en realidad, aquellos hombres carecían

de un auténtico sentido de la historia. Lo que les empujaba era un espíritu de oposición, de protesta. Los hechos de los hombres del Renacimiento eran bastante menos «humanísticos» de lo que pudiera hacer presumir su entusiasmo por Platón y los estoicos, por Cicerón y la antigua *virtus* romana. Convencidos de ser héroes y superhombres, a menudo adolecían de una acusada debilidad de carácter: frívolos y pródigos, pérfidos, disimulados y crueles, licenciosos hasta la demencia, y todo eso sin el menor pudor ni la menor contención. Se jactaban de sus propios vicios, traicionando en ello lo que su actitud tenía de protesta negativa. Mas lo que ante todo distinguía a los humanistas, era su desatentada vanidad. No se cansaban de arrojar incienso el uno al otro, prometiéndose mutuamente una gloria inmortal. Quizás en ninguna otra época ha habido tantos poetas y literatos, tantos príncipes y estadistas que se irrogaran el título de «inmortales» sin haber hecho nada digno de pasar a la posteridad.

Sólo en un campo creó esta época singular obras que son realmente inmortales: en el campo de las artes plásticas. Es casi el único aspecto en que el historiador puede entregarse a la contemplación, sin que apenas nada venga a enturbiar su gozo.

Podría compararse la humanidad de aquel tiempo con la condición en que se encuentra un joven en el momento de la pubertad: de un golpe descubre la realidad de la vida, se hace consciente de sus propias fuerzas, se rebela contra su propia infancia, contra el orden y sus educadores; la obediencia le parece coacción e injusticia; aspira a lo grande, tanto en el bien como en el mal, y oscila a ciegas entre un nebuloso idealismo y una flagrante brutalidad. No es cierto lo que tantas veces se ha dicho, que se enfrentaran entonces dos renacimientos, uno cristiano y otro pagano, una corriente saludable y otra perversa, sino que todas las actitudes coexistían en los mismos hombres, a veces curiosamente confundidas y sin la menor armonía entre ellas.

En esta general fermentación de los espíritus, la misión de la Iglesia era la de un educador frente al adolescente que va entrando en la madurez: llevarlo de la mano desde los ordenamientos tradicionales o impuestos desde fuera hacia el nuevo orden de cosas a que él aspira. Poco conseguirá el educador que todo lo fíe a la violencia o al rigor: en modo alguno debe eliminar el impreciso idealismo de su pupilo, antes bien, tiene que proponerle fines elevados y dignos. Ahí radica la gran dificultad de toda educación; pero en este caso la tarea era particularmente espinosa, pues, después de todo, la Iglesia no es un pedagogo que opere sobre la humanidad desde el exterior. Los propios representantes de la Iglesia estaban más o menos sumidos en la fermentación de los tiempos, y se encontraban también ellos en la misma fase de pubertad.

Sin embargo, la Iglesia superó la crisis, acaso la más grave de su historia. Es más: salió de ella incomparablemente más pura, más brillante y

espiritualizada de lo que era al principio, sólo que lamentando la pérdida de una gran parte de sus miembros. Hasta entonces, durante toda la Edad Media, la Iglesia había cobijado bajo sus alas a la humanidad europea entera, con todo lo que tenía de bueno y de malo. Una vez vencida la crisis, aparece como un bien disciplinado ejército que hace frente a una tropa distinta y enemiga.

## LOS PAPAS DEL RENACIMIENTO

Fue para la Iglesia una gran desdicha que, justamente al principio de la Edad Moderna, estuviera regida por una serie de papas que figuran entre los más funestos de toda su larga historia. Eran personalidades brillantes según el espíritu del tiempo, auténticos hombres del Renacimiento, pero carentes de elevación moral y de un real sentido de responsabilidad. Algunos de ellos, además, estaban profundamente contagiados de los vicios de la época.

Desde el fin del gran cisma la Iglesia había sido regida por papas de relevantes méritos y de gran altura de miras. Con Paulo II se inició cierto estancamiento, y con su sucesor empezó el desastre.

*Sixto IV (1471-1484).*

El papa Sixto IV procedía de Liguria. Era franciscano, y antes de obtener la púrpura cardenalicia había llegado a ministro general de su orden. Siendo personalmente un sacerdote piadoso e intachable, como papa reveló poseer, junto a importantes dotes de gobernante, inquietantes debilidades de carácter.

Nacido en un medio muy modesto, Sixto era un hombre de gran cultura y un magnánimo protector del arte y de la ciencia. Durante su pontificado los humanistas recuperaron en la corte papal la influencia que habían perdido bajo Paulo II. Construyó el grandioso hospital del Santo Spirito, aún hoy existente, la iglesia de Santa María del Popolo, famosa por sus maravillosos sepulcros en el más puro estilo cuatrocentista, Santa María della Pace y, en el palacio del Vaticano, la capilla Sixtina. Llamó a Roma y dio encargos a los más famosos pintores de su tiempo: Ghirlandaio, Botticelli, Perugino, Pinturicchio, Melozzo da Forlì. En el arte del Renacimiento puede hablarse con toda propiedad de una edad de Sixto IV.

Este pontífice se ganó un nombre en la historia de la teología por sus constituciones dogmáticas acerca de la inmaculada Concepción. Devoto como era de la Virgen María, consagró a este misterio de la fe la Capilla Sixtina por él construida.

Sixto IV era una de esas personalidades principescas, que en nada se complacen tanto como en dar, en gastar y en conceder gracias; y como era incapaz de guardar la medida, acabó concediendo todo lo que se le pedía. A su propia orden, la de los franciscanos conventuales, la hizo objeto de tan exagerados privilegios, que ya los contemporáneos la designaban con el burlesco nombre de *Mare Magnum*. Concedía también indulgencias a troche y moche; y como, según la práctica del tiempo, las indulgencias iban unidas con limosnas, era inevitable que esta generosidad del papa apareciera a los ojos de muchos como un simple negocio, sobre todo cuando los recursos así agenciados no eran utilizados sólo para fines puramente eclesiásticos, tal como hubiera debido ser.

En esta cuestión, tanto los papas como la curia romana procedían con una irresponsabilidad creciente. También a los príncipes les otorgaba cuanto se les antojaba pedir, especialmente importantes privilegios en la designación de obispos, lo cual resultaba tanto más inquietante por la tendencia que en muchos gobiernos se advertía de ir hacia la constitución de Iglesias estatales. En España permitió que la Inquisición se convirtiera en un instrumento del gobierno, y los papas posteriores tuvieron que sufrir grandes contrariedades en su empeño de hacer valer su autoridad sobre una institución como ésta, de índole esencialmente eclesiástica.

Otro aspecto oscuro del pontificado de Sixto IV fue el dejarse implicar en el inextricable embrollo que constituía la política de los pequeños estados italianos. Las principales piezas en este tablero político eran, además de los partidos romanos de los Colonna y los Orsini, el rey Ferrante de Nápoles, los Sforza de Milán, Lorenzo el Magnífico en Florencia, y la república de Venecia. Los motivos de discusión cambiaban continuamente: Siena, Urbino, Ferrara, y con ellos cambiaban también las alianzas. Por lo general, Sixto estaba al lado de Ferrante de Nápoles contra los Médicis. Pero también se peleó con Ferrante, y hasta llegó a obtener una victoria sobre él, la de Campo Morto en las marismas Pontinas, uno de los pocos éxitos obtenidos por las tropas papales en el campo de batalla. Las guerras de aquel tiempo, conducidas por jefes mercenarios, los *condottieri*, que a cada momento mudaban de partido, no eran muy sangrientas, pero nada ganaba el prestigio del papa al mezclarse en tales conflictos. Los pueblos se olvidaron de que el papa era el padre común de la cristiandad, para no ver en él mas que a uno de tantos príncipes italianos, y no de los más poderosos.

En el año 1478 la rica familia florentina de los Pazzi intentó dar un golpe de estado para poner fin a la hegemonía de los Médicis. La intentona fracasó, pero corrió mucha sangre: Juliano de Médicis, hermano de Lorenzo, perdió la vida, y los Médicis se vengaron con gran crueldad. Por desgracia, el papa estaba complicado en el asunto. Uno de los conjurados era su sobrino, Jerónimo Riario, el cual le había prometido que no se

atentaría contra la vida de nadie. Sixto se dejó engañar y, bajo esta condición, aprobó la intentona.

Los parientes del papa tuvieron gran parte de la culpa de que éste se viera tan implicado en el turbio juego de las intrigas políticas; pero sólo a Sixto se le puede hacer responsable de que sus parientes ocuparan puestos de tal influencia. Era ya inaudito el hecho de que en los trece años de su pontificado elevara a la dignidad cardenalicia a seis sobrinos suyos. Mas era aún peor que apenas ninguno de ellos mereciera la púrpura. El mejor dotado de todos ellos, Juliano della Róvere, el futuro Julio II, dejaba bastante que desear en su vida privada. El nieto de su hermana Blanca Riario, Rafael, al que el papa hizo cardenal a los dieciséis años, se ha hecho famoso por la construcción del magnífico palacio de la cancillería, pero desempeñó luego un triste papel bajo el pontificado de León X. Indignísimo era sobre todo el *nepote* Pedro Riario, hecho cardenal a los veinticinco años, y que murió al cabo de tres años víctima de sus insensatos excesos. Otro sobrino, Juan della Róvere, obtuvo la mano de la heredera del ducado de Urbino, con lo que los Róvere entraron a formar parte de las familias soberanas de Italia.

Durante su pontificado fallecieron una serie de ancianos e importantes cardenales: Torquemada, Carvajal, Besarión, Forteguerra, Latino Orsini, Ángel Capranica, Ammanati. En lugar de estos eminentes príncipes de la Iglesia nombró Sixto, con una inconcebible ligereza, un nutrido número de cardenales jóvenes, algunos de los cuales sólo eran conocidos por sus vicios: Juan de Aragón, hijo del tristemente famoso Ferrante de Nápoles; Juan Bautista Cibó, un carácter débil, que fue su sucesor con el nombre de Inocencio VIII; además los nobles, pero indignos Ascanio Sforza, Bautista Orsini, Juan Bautista Savelli, Juan Colonna y finalmente, Sclafenati, un joven corrompido, cardenal a los veintitrés años. Estos últimos fueron los que, en el año 1492, decidieron la elección de Alejandro VI.

¡Qué tristeza contemplar el suntuoso sepulcro de Sixto IV, con su maravilloso retrato, una de las mejores obras de la escultura renacentista!

*Inocencio VIII (1484-1492).*

El funesto espíritu que prevalecía en el colegio cardenalicio se manifestó ya en el conclave. Rodrigo Borja, sobrino de Calixto III, creía que había sonado su hora y prometió toda clase de mercedes a los que le votaran. Ganó a su partido a Ascanio Sforza, Rafael Riario, Juan de Nápoles y otros, pero Juliano della Róvere, enemigo mortal de Borja, consiguió frustrar sus esfuerzos. Para esta vez Juliano no aspiraba aún a la tiara: no tenía más que cuarenta y un años. Pero quería un papa que

dependiera de él, y a este fin acudió también al soborno. Triunfó su candidato: Juan Bautista Cibó, que adoptó el nombre de Inocencio VIII.

Inocencio, genovés, era un hombre bondadoso, pero extremadamente débil. Antes de entrar en el estado eclesiástico había tenido dos hijos naturales: Teodorina y Franceschetto. A este Franceschetto le casó el papa con Magdalena, la hija de Lorenzo el Magnífico. El matrimonio había sido calculado como una jugada política, pues significaba la reconciliación con Florencia y los Médicis, que habían sido los enemigos jurados de Sixto IV. Pero el escándalo fue mayúsculo. El noble cardenal Egidio de Viterbo escribió más tarde las amargas palabras siguientes: «Inocencio VIII ha sido el primer papa que ha hecho ostentación de sus hijos, que ha celebrado públicamente sus bodas; ¡si al menos este inaudito proceder no hubiera tenido imitadores!» Las bodas se celebraron en el Vaticano. Pero el Magnífico aspiraba a recibir algo más a cambio de su hija, y no descansó hasta que hubo obtenido del abúlico papa la púrpura cardenalicia para su hijo Juan de Médicis, que entonces contaba trece años. Éste había de ser el futuro León X.

Tampoco Inocencio VIII consiguió mantenerse al margen de las turbulencias de la política italiana. Se vio complicado en la terrible guerra llamada de los barones, una revolución de los grandes napolitanos contra Ferrante. El papa se puso al lado de los barones, cuya causa abonaban razones muy plausibles, y excomulgó a Ferrante, pero ello significó romper no sólo con Milán y Florencia, sino con Fernando el Católico de España y Matías Corvino de Hungría. En el año 1485 el hijo de Ferrante, Alfonso de Calabria, puso sitio a la ciudad de Roma.

Uno de los reproches que los historiadores alemanes hacen a menudo a Inocencio VIII, es la bula que publicó en 1484 sobre las brujas. La bula está dirigida a los inquisidores de la diócesis de Constanza y declara que la brujería y la hechicería constituyen materias en las que es competente el tribunal de la Inquisición. Los dos inquisidores de Constanza, Enrique Institoris y Jacobo Sprenger se apoyaron en la bula para publicar la desdichada obra *Martillo de brujas*, impresa primeramente en 1487 y reeditada después muchas veces. Así cobró aún mayor empuje en Alemania aquella persecución de la brujería, de tan siniestra memoria. Es, empero, injusto echar la culpa a Inocencio VIII, quien no podía prever las funestas consecuencias de su bula. En Roma y en Italia los procesos por brujería fueron muy raros, tanto en aquel tiempo como en los sucesivos. No fue su bula contra la hechicería lo que coloca a Inocencio VIII entre los papas que han deshonrado la silla de san Pedro, sino las flaquezas de su carácter y los escándalos que dio. La culpa principal incumbe al cardenal Juliano della Róvere, que por razones puramente personales elevó a papa a un hombre tan mediocre, al que pudo manejar a su antojo durante todo su pontificado. La memoria de Inocencio VIII ha sido también perpetuada por un



magnífico monumento de bronce en la basílica de San Pedro, que es la admiración de todos los peregrinos que visitan Roma.

*Alejandro VI (1492-1503).*

Como ya había hecho en el conclave anterior, el vicescanciller cardenal Rodrigo Borja compró con promesas los votos de los electores. Esta vez obtuvo los dos tercios de los sufragios, y tomó el nombre de Alejandro VI. La elección era válida, pero reveló en los electores una irresponsabilidad sin precedentes.

La inmoralidad de la vida del cardenal Borja era desde antiguo conocida de todos. Ya Pío II había tenido que reconvenirle seriamente a causa de su escandalosa conducta. Hacía vida conyugal con una romana casada, Vanozza de Cataneis, pero tenía además otras amantes. Incluso siendo papa tuvo un hijo. De la Vanozza tenía cuatro, que vivían todos en la corte de su padre. El primogénito, Juan, duque de Gandía, era un libertino como su padre y en 1500 fue asesinado por una mano desconocida. Alejandro, que sentía un cariño especial hacia este hijo, quedó profundamente impresionado y vio en el asesinato un castigo del cielo. Escribió cartas a los príncipes cristianos prometiendo cambiar de vida; mas sus buenos propósitos quedaron en nada. El segundo hijo, el tristemente famoso César, fue nombrado cardenal a los diecisiete años, pero al cabo de siete años depuso su dignidad. No era sacerdote, sino sólo subdiácono, y con dispensa de su padre se casó con la princesa francesa Carlota de Albret. El rey de Francia le concedió el título de duque de Valence. Al tercer hijo, Godofredo (Joffré), lo casó Alejandro con una hija natural de Alfonso de Nápoles, hijo y sucesor de Ferrante; obtuvo el título de príncipe de Esquilache. Por medio de esta política matrimonial buscaba Alejandro no sólo situar bien a sus hijos, sino también afianzar por todos los lados su propia situación política.

Su más joven descendiente, Lucrecia, fue casada en 1493 con un Sforza. El matrimonio fue luego anulado como no consumado, y como nuevo esposo recibió Lucrecia a un hijo natural de Alfonso de Nápoles, Alfonso de Bisceglie. Este hombre, que estaba muy enamorado de Lucrecia, fue asesinado en 1500 por el hermano de ésta, César. Alejandro VI no se atrevió a pedir cuentas a su hijo de su crimen. Lucrecia, que no era viciosa pero sí muy frívola, casó en seguida con el príncipe heredero de Ferrara. En calidad de duquesa de Ferrara se portó como una mujer piadosa y virtuosa, y supo hacerse amar de todos; pero murió pronto, como todos los hijos de Alejandro VI.

En política Alejandro VI tuvo que enfrentarse con dos tareas principales. Una era detener la completa disgregación de los Estados Pontificios, divididos en un gran número de señores y tiranos que sólo de

nombre eran feudatarios del papa y cada vez obraban con mayor independencia. La otra consistía en regular las relaciones con el reino de Nápoles, cuestión ésta de vital importancia para el Estado de la Iglesia.

### *La lucha por Nápoles.*

Las fronteras del reino de Nápoles empezaban inmediatamente después de Tívoli y Terracina. Por el nordeste y el sudeste, las tropas napolitanas necesitaban sólo dos jornadas para presentarse ante los muros de Roma. Un Nápoles demasiado poderoso significaba siempre un peligro para Roma; con mayor razón importaba a ésta impedir que se estableciera en Nápoles una gran potencia extranjera.

En el año 1494 murió el viejo y disoluto rey Ferrante, y sus dos sucesores, su hijo Alfonso y su nieto Ferrante II, le siguieron muy pronto a la tumba. De la línea ilegítima de los reyes de Aragón quedaba sólo Federico, el hijo menor de Ferrante, que no tenía descendientes. El rey Fernando de España, de la línea aragonesa legítima, ambicionaba entrar en posesión de la herencia, y lo mismo deseaba el rey de Francia Carlos VIII, que se consideraba heredero de la casa de Anjou. Este último penetró en Italia al frente de un ejército numerosísimo para aquel tiempo, y sin hallar resistencia llegó, pasando por Florencia, hasta Roma. La situación de Alejandro no podía ser más difícil. Al lado de Carlos VIII estaba su enemigo mortal, el cardenal Juliano della Róvere, que poco después de la elección de Alejandro había escapado a Francia y allí predicaba sin rebozos la necesidad de deponer al papa simoníaco. Carlos VIII solicitaba del papa que le invistiera con el feudo de Nápoles. Si el pontífice accedía a esta pretensión, escapaba al peligro de ser depuesto, pero caía bajo la total dependencia de Francia y se atraía además la enemiga de los españoles, sus propios compatriotas. Sin embargo Alejandro supo conducir tan hábilmente en Roma las negociaciones con el rey de Francia, que éste le prestó la obediencia tradicional, con lo que se desvanecía la amenaza de la deposición sin que el papa hubiera tenido necesidad de conceder formalmente al rey la corona de Nápoles. Carlos VIII prosiguió su marcha hacia Nápoles, donde se hizo coronar rey. Pero a sus espaldas Alejandro puso en pie una Liga con España, el emperador, Venecia y Milán. Fernando el Católico envió al teatro de la guerra al mejor general del tiempo, Gonzalo Fernández de Córdoba. Carlos VIII se retiró precipitadamente hacia Francia, donde murió al poco tiempo. Alejandro concertó la paz con su sucesor, Luis XII. César recibió la mano de una princesa francesa. Hasta aquí la política del papa, a pesar de, su impotencia militar, había sido extraordinariamente afortunada.

Fernando de Aragón y Luis XII de Francia convinieron repartirse la herencia napolitana. Fernando, que poseía ya Sicilia, recibiría Apulia y

Calabria, y Luis XII se quedaría con Nápoles y los Abruzos, ambos como feudatarios de la Santa Sede. Alejandro se declaró de acuerdo con el arreglo, mas no tardó en estallar la guerra entre los dos rivales, y el Gran Capitán infligió a los franceses una decisiva derrota. El reino de Nápoles pasó así entero a la corona de España, y de este modo se hizo realidad lo que tanto Alejandro como sus predecesores habían querido evitar a cualquier precio: la presencia ante las puertas de Roma de una gran potencia europea. Las consecuencias de este hecho las sintieron los papas durante todo el siglo XVI. ¡Y menos mal que esta potencia fue España!

### *Los Estados Pontificios.*

En los últimos tiempos de la edad media se consuma en todos los países de Europa el paso del régimen feudal al estado territorial moderno. En lugar de los señores feudales, más o menos independientes, en cuyas manos estaba el poder efectivo dejando a la corona muy pocas atribuciones, apareció ahora una jerarquía de funcionarios al frente de una administración rigurosamente centralizada. Semejante transformación llegó a su término, en primer lugar, en Francia, seguida luego en el siglo XV por España e Inglaterra. El resultado fue la aparición de grandes potencias en el sentido moderno. En Alemania el mismo proceso había conducido al resultado inverso: en lugar de los antiguos feudos imperiales surgieron otros tantos principados territoriales, algunos de muy pequeña extensión, pero organizados como estados soberanos al modo que hoy lo entendemos. El rey en Alemania no tenía más poder que el que pudiera recibir de sus propios dominios familiares.

El mismo peligro de disolverse en pequeños estados individuales corría el Estado Pontificio. Haber evitado este peligro constituye, en gran parte, un mérito de Alejandro VI. Por su encargo, César sometió en una sucesión de rapidísimas campañas Imola, Faenza, Urbino, Camerino, Sinigaglia y otras pequeñas ciudades y dominios, expulsó a los dinastas o los redujo a la obediencia y ocupó todas las ciudadelas con sus guarniciones. Las crueldades de que en estas operaciones se hizo culpable César, son tan inexcusables como los medios que él y su padre usaron para agenciarse los recursos financieros exigidos por las campañas militares. Al viejo y riquísimo cardenal Michiel, sobrino de Paulo II, en vista de que tardaba en morir más de lo esperado, César lo hizo eliminar para quedarse con su patrimonio, parece que a sabiendas de Alejandro. Muchos historiadores sostienen que el propósito de César no era en absoluto el de restablecer el Estado de la Iglesia, sino el de crearse para sí mismo un reino en el centro de Italia. Es una opinión difícilmente sostenible. Aunque César era hombre capaz de concebir los más descabellados planes, no podía ocultársele que su padre no viviría eternamente y que el estado que él

creara jamás podría ser reconocido por ninguno de sus sucesores. Nada demuestra, en todo caso, la circunstancia de que Alejandro VI le concediera, en recompensa de sus servicios, el título de duque de la Romana y de Urbino. Pero sea como fuere, el hecho es que tal cosa no se produjo, pues cuando César se encontraba en la cumbre de su poderío, murió Alejandro a la edad de setenta y tres años, de malaria y no por envenenamiento, como seguidamente se afirmó, y asistido con los sacramentos de la Iglesia. Ya es elocuente, que tratándose de un papa haya que hacer hincapié sobre este último detalle. Mucho tiempo después de su muerte se erigió a Alejandro VI un sepulcro muy modesto en la pequeña iglesia española de Santa María de Montserrat, donde sus restos reposan junto a los de su tío Calixto III.

Alejandro VI y su hijo han suministrado abundante material a la fantasía de toda suerte de literatos. Se ha inventado una «edad de los Borjas», dominada por el puñal, el veneno y el adulterio. En manos de estos autores, Alejandro VI y aún más sus hijos César y Lucrecia, se han convertido en personajes de novelas de misterio y de películas terroríficas. El propio Pastor, a pesar de atenerse rigurosamente a los hechos documentados, no pudo resistir a la tentación de dar un fuerte tinte melodramático a su brillante exposición del pontificado de Alejandro VI, en contraste con la sobriedad que impera en todo el resto de su historia.

Tampoco han faltado apologistas que han intentado reivindicar la memoria de Alejandro VI. Tiempo perdido. Pero no se equivocan menos los adversarios de la fe católica que piensan que con sus elocuentes declamaciones, encendidas de moral indignación, hacen mella en la Iglesia o en el papado como tal. Justamente su indignación es prueba de que su opinión acerca de la Iglesia es mucho más alta de lo que ellos mismos reconocen. Pues si Alejandro VI, en lugar de papa, hubiera sido un rey o un emperador o el presidente de un estado, no habría inconveniente en contarle entre los políticos y gobernantes más eminentes de su época, haciendo caso omiso de las mancillas de su vida privada y de su falta de escrúpulos en la elección de sus medios. Pero a un papa se le exige mucho más, y con toda justicia.

### *Savonarola.*

En cierto sentido podría designarse a Savonarola como la contrapartida de Alejandro VI. Nada arroja una luz tan clara sobre aquella singular época, en la que el bien y el mal andaban tan extrañamente mezclados, como la lucha que Savonarola sostuvo y su trágico fin.

Jerónimo Savonarola, nacido en 1452 en Ferrara, dominico y desde 1491 prior del convento de San Marcos de Florencia, no sólo había implantado en su convento una rigurosa reforma, sino que predicaba

también públicamente y con furor profético contra la corrupción de la Iglesia y en especial del clero. Sus predicaciones dividieron la ciudad de Florencia en dos partidos: los *piagnoni* (llorones, beatones, partidarios de Savonarola) y los *arrabiati* (airados, contrarios de Savonarola y amigos de los Médicis). Cuando Carlos VIII pasó por Florencia en el curso de su expedición a Nápoles, Savonarola saludó a este enemigo de Alejandro VI como un enviado de Dios, venido para poner remedio a los males de la Iglesia. En esto el dominico demostraba una curiosa ceguera, pues Carlos VIII parecía cualquier cosa menos un reformador. Con ayuda del rey francés consiguió Savonarola expulsar de Florencia a los Médicis, y apoyado en los *piagnoni* implantó en la ciudad una especie de república democrática con la que consiguió una notable mejora de las costumbres. Pero como no cesara de tronar desde el púlpito, con vehemencia creciente, contra Alejandro VI, atacando lo mismo su persona que su política, el papa le citó a Roma para que se justificara de sus atrevidas palabras. Savonarola no se presentó, y el papa le prohibió predicar. Savonarola obedeció al principio, pero hizo proseguir la campaña por sus hermanos en religión. Entonces el papa separó al convento de San Marcos de la provincia a que pertenecía dentro de la orden, y le puso a las órdenes del provincial de Roma. Ni así se sometió Savonarola. Finalmente el papa, ante tan contumaz desobediencia, le excomulgó (1497). Savonarola declaró inválida la excomunión, reemprendió sus predicaciones y empezó a reclamar la reunión de un concilio para deponer al papa.

Savonarola estaba firmemente convencido de haber recibido de Dios una misión especial. Diversas veces había prometido que, en caso de necesidad, Dios confirmaría esta misión con milagros, y que por su parte estaba dispuesto a someterse a la prueba del fuego. Un buen día, un franciscano de Santa Croce, comunidad que se había mantenido al margen de toda esta agitación, se declaró dispuesto a someterse también a la prueba y entrar en el fuego junto con Savonarola. De este modo hubieran ardido los dos, y se hubiese puesto fin al escándalo. El pueblo entero pedía apasionadamente que se hiciera la prueba: los partidarios de Savonarola porque estaban seguros de que se produciría el milagro, sus adversarios porque esperaban de este modo librarse de él. La Señoría de Florencia aprobó el experimento y decidió que, si el dominico o los dos morían en el fuego, los dominicos abandonarían la ciudad, y en otro caso partirían los franciscanos. Alejandro VI tuvo noticias de este plan y prohibió rigurosamente que se pusiera en práctica, pero los florentinos estaban demasiado exaltados para atender a razones, vinieran de donde vinieran.

En el día fijado se prepararon dos hogueras en la plaza de la ciudad. En medio de la mayor expectación del pueblo aparecieron las dos congregaciones, formadas en procesión. Produjo ya un cierto desencanto el que, en lugar de Savonarola, fuera otro dominico el que quería someterse a

la prueba, y aún más el que éste pretendiera llevarse consigo el santo sacramento, a manera de escudo. Los franciscanos y el pueblo protestaron indignados, los dominicos no quisieron ceder, y como fuera pasando el tiempo, la Señoría suspendió el acto y mandó a la gente a sus casas. Entonces estalló contra Savonarola la furia del pueblo, que se llamaba a engaño. Los *arrabiati* consiguieron hacerlo encarcelar, y se le instruyó un proceso en el que se pisotearon todas las normas de la justicia y la equidad. En vano intentó Alejandro VI trasladar el asunto a Roma. Savonarola y dos dominicos más fueron condenados a muerte en Florencia, ahorcados y sus cadáveres quemados públicamente.

Aún hoy siguen divididas las opiniones sobre el ardiente dominico. San Felipe Neri, que era florentino, lo veneraba como a un santo. Sin embargo, sólo un juicio es posible. La pureza de la vida y el rigor ascético no bastan para hacer de una persona un santo; si bastaran, santos serían Novaciano, Huss y muchos otros herejes. Tampoco basta que uno tenga el propósito de mantenerse dentro de la Iglesia católica y no incurra en ninguna desviación dogmática. Lo que un santo debe poseer, es esa profunda humildad que, en el momento decisivo, le hace someterse a la autoridad designada por Dios. Es significativo que Newman, un hombre que en las más graves crisis dio prueba de poseer esta humildad auténticamente católica, a pesar de su veneración por san Felipe Neri, rechazó en cambio a Savonarola. Para dictar un juicio sobre éste, no hay sino compararlo con santa Catalina de Siena, que contra la opinión del mundo entero se mantuvo valerosamente fiel a un papa cuya actuación no fue menos funesta a la Iglesia que la de Alejandro VI. Por lo demás, Alejandro, en toda la cuestión de Savonarola, a pesar de los motivos que tenía para sentirse personalmente ofendido, se portó de un modo muy moderado y correcto.

*Pío III (septiembre-octubre 1503).*

Después de la muerte de Alejandro VI, fue elegido papa el cardenal Piccolomini, hombre piadoso y retraído que bajo los últimos pontificados se había mantenido al margen de todas las intrigas políticas. Pero estaba ya enfermo y agotado, y murió al mes escaso de su elección. Lo notable del caso es que bastara este breve lapso de tiempo para que el poder de César Borja, del que todos esperaban lo peor, se derrumbara como un castillo de naipes. César había asistido con su padre a aquella fiesta al aire libre en que Alejandro contrajo su mortal malaria, y al tiempo del conclave estaba él mismo en cama con una grave calentura. Más tarde confesó a su amigo Maquiavelo que tenía previstas todas las contingencias que pudieran ocurrir cuando muriese su padre: lo único que no había previsto era que en aquel momento también él estuviera luchando con la muerte. Así, en el instante

decisivo las riendas se le escaparon de las manos y le abandonaron casi todos sus partidarios. Inerme y abatido, huyó a Nápoles repuesto apenas de su enfermedad, y desde allí se fue a Navarra, junto a los parientes de su mujer. En Navarra murió, en un duelo, cumplidos apenas los treinta y un años.

### *Julio II (1503-1513).*

Eliminados de un golpe, y como por milagro, los Borja, sonó entonces la hora de su gran adversario Juliano della Róvere. No ocultaba éste sus pretensiones a la tiara y, de hecho, era con mucho el más destacado de todos los cardenales de aquel tiempo. El conclave duró sólo unas horas. Con el nombre de Julio II publicó en seguida una bula en la que se prohibían del modo más riguroso todas las maniobras simoníacas en las elecciones papales. Era como si con ello quisiera hacer borrón y cuenta nueva.

Julio II contaba, al momento de su elección, sesenta años. De joven había ingresado en la orden de su tío, los franciscanos conventuales, pero éste lo elevó al cardenalato inmediatamente después de haber sido designado papa. La vida privada de Juliano no había sido mejor que la de tantos otros. Tenía tres hijas. Ante todo era un guerrero y un político. Bajo Sixto IV condujo expediciones militares como un *condottiero*; Inocencio VIII, que le debía la tiara, fue un juguete entre sus manos. En su pugna con Alejandro VI, conspiró con Carlos VIII de Francia, y también con Savonarola. Era mucho lo que Julio II tenía que reparar.

Elevado al solio pontificio, no quiso ser otra cosa que papa. Su propósito era devolver al papado su antigua independencia, poderío y esplendor. No queremos decir con esto que sus actos fueran más de príncipe que de sacerdote. La posición que él quería conferir al papado, la consideraba necesaria para el ejercicio del gobierno espiritual, y así era, en efecto, en aquel tiempo. Julio II estaba poseído de una profunda fe. Las inspiraciones que sugirió a los mayores artistas de su tiempo, a Bramante, a Rafael, a Miguel Ángel, eran de índole hondamente religiosa.

Julio II no era, evidentemente, un santo, pero sí un gran carácter. Nada había de mezquino o insignificante en su personalidad. Su cólera inspiraba terror, pero no odio. Era un rey, de cuerpo entero; un titán, como lo retrató Miguel Ángel con su paleta y su cincel. Miguel Ángel, este otro titán, fue íntimo amigo de Julio II, a pesar de lo cual estuvo en continua guerra con él. Otros gigantes de este tipo habían sido Savonarola, Alejandro VI y César Borja, aunque éstos últimos carecían del idealismo del papa Della Róvere. De los titanes de este tiempo sin par, Julio II es, sin duda alguna, el más grande. *Il terribile*, le llamaban sus contemporáneos. Es instructivo contemplar sus retratos, pero no el famoso de Rafael donde

está representado con la lengua barba que se dejó crecer en sus últimos años después de una grave enfermedad, sino el grabado de Burgkmair o el medallón de Caradosso, donde aparece aún afeitado, con su enérgico mentón y su boca contraída: un rostro terrorífico pero no el rostro de un tirano.

Julio II rigió muy bien el Estado de la Iglesia, que Alejandro VI había reducido a la obediencia. Llevó a cabo una reforma monetaria, introduciendo una moneda de plata única, los *giuli*, más tarde llamados *paoli*. A causa de su hábil política financiera, muchos lo tenían por avaro, pero no lo era. Para las grandes tareas, incluso las artísticas, no ahorra el dinero. Pero lo más urgente era completar la obra de Alejandro VI. Mientras César Borja sometía la Romana, los venecianos se habían adueñado de importantes ciudades papales en el norte de la península. Bolonia se había hecho casi independiente bajo los Bentivogli, y Julio II determinó someterla personalmente. Con sólo dos mil soldados, pero acompañado por los cardenales y la curia entera, se dirigió a marchas forzadas contra aquella ciudad, para adelantarse a las tropas francesas que Luis XII le enviaba en ayuda. El rebelde tirano Bentivoglio se dio a la fuga, la ciudad se sometió al papa y recibió una nueva constitución. Los romanos, que gustaban de revestir su entusiasmo con atuendo clásico, no desperdiciaron la ocasión de recibir al papa como a un antiguo *triumphator*. Venecia seguía negándose a restituir las ciudades que había quitado al Estado Pontificio. Julio II concertó la Liga de Cambrai, en la que el emperador, Francia y España se aliaron con él contra Venecia. El ejército de la Liga derrotó a los venecianos en la batalla de Agnadello. Pero Julio II no deseaba aniquilar la república de Venecia, y aún menos que los franceses extendieran su poderío por el norte de Italia. Por consiguiente, concertó una paz separada con Venecia, recobró sus ciudades y puso en pie una nueva coalición, esta vez contra Francia, formada por él, Venecia, España y Suiza. Estos cambios de frente eran, en aquel entonces, cosa de todos los días. Francia aceptó el reto, el papa se volvió a poner en campaña y asistió personalmente al sitio de la fortaleza de Mirándola. Pero su valor no pudo impedir que los franceses, rompieran el asedio y ocuparan Bolonia.

Luis XII concibió el plan de atacar al papa incluso en el terreno religioso y convocó un concilio general en Pisa, con ánimos de provocar un cisma. Julio II volvió a actuar con la celeridad del rayo. Depuso y excomulgó a los cardenales que se habían dejado ganar en favor de Pisa. Luego convocó por su cuenta un concilio general en Roma. Acudieron sólo unos pocos prelados y no se promulgaron decretos de interés, pero el sínodo es contado en la serie de los ecuménicos como el quinto lateranense, y cumplió además su fin, que era el de evitar un cisma. La asamblea de Pisa terminó lamentablemente. Los canónigos no quisieron abrir las puertas de



la catedral, y en toda la ciudad no se encontró un solo notario que quisiera dar fe de las actas.

En cambio, los franceses fueron afortunados en el campo de batalla. En la gran batalla de Ravena derrotaron al ejército de la Liga. El legado papal, el joven cardenal Juan de Médicis, cayó prisionero. Pero en la batalla cayó también el mejor general de los franceses, el caballeresco Gastón de Foix, y a partir de entonces cambió la suerte de la guerra. Milán, Génova y otras ciudades se alzaron contra Francia, y poco tiempo después de la batalla de Ravena los franceses tuvieron que desalojar todo el norte de Italia. Así, pues, al fin resultó triunfante la política de Julio II. El Estado Pontificio fue restablecido en toda su antigua extensión, Venecia había sido humillada, el norte de Italia estaba libre de tropas extranjeras. Sólo en el sur se mantenían firmes los españoles. Exageran sin embargo, los historiadores italianos que ensalzan a Julio II como el libertador de su nación. Julio II no había luchado para el establecimiento de un estado nacional italiano. Lo que él quería era sólo asegurar la independencia política de la Santa Sede, y esto sí lo consiguió.

El monumento funerario de Julio II es la estatua de Moisés de Miguel Ángel, no superada por ninguna obra escultórica de la antigüedad ni tampoco por ningún monumento moderno erigido a la memoria de un héroe. Pero su auténtico monumento es la iglesia de San Pedro, la grandiosa cúpula que Julio planeó con Bramante y cuya primera piedra puso en el año 1506.

### *León X (1513-1521).*

León X fue el feliz heredero de su poderoso antecesor. Gozó, no sólo de su herencia, sino incluso de parte de la gloria que le correspondía: en el renacimiento romano sería más justo hablar de una edad juliana que de una edad medicea.

Juan de Médicis había sido siempre un niño mimado de la fortuna. Hijo de Lorenzo el Magnífico, había gozado de la mejor instrucción que podía darle su siglo. Uno de sus maestros había sido el famoso platónico Marsilio Ficino. Fue nombrado cardenal a los trece años, al tiempo que su hermana se casaba con el hijo del débil Inocencio VIII. Verdad es que los Médicis fueron expulsados de Florencia por Carlos VIII y Savonarola, pero Juan, jefe de la familia desde la muerte de su hermano Pedro, no renunciaba a la esperanza de un pronto regreso. Hecho prisionero en la batalla de Ravena, a la que asistió como legado papal, consiguió escapar pronto y un año más tarde restableció su dominio sobre Florencia por medio de un sencillo y afortunado golpe de estado. También un año más tarde fue elegido papa, a la edad de treinta y ocho años. Los humanistas, poetas y artistas saludaron con entusiasmo el advenimiento del hijo de

Lorenzo el Magnífico. Se hizo famoso un epigrama que decía que, después del dominio de Venus (Alejandro VI) y Marte (Julio II), venía ahora finalmente el reinado de Minerva. A ninguno de aquellos singulares cristianos se le ocurría pensar que lo que el papa personifica es precisamente el reinado de Cristo.

Sin embargo, León X no tenía la grandeza de espíritu de su antecesor. Era un hombre bondadoso, alegre y simpático. Contento de haber llegado a papa, quería que todo el mundo lo estuviera también. Concedía mercedes a manos llenas, a ricos y a pobres. Amaba las artes, pero más que las monumentales, la música, la poesía y el teatro. Se divertía incluso con las bromas de los bufones de su corte. Su vida privada no está afeada con máculas morales, ni siquiera en su juventud. Cumplía piadosa y devotamente los servicios divinos correspondientes a su alto ministerio. Pero en su corte se llevaba una vida completamente profana. En otoño organizaba suntuosas cacerías, generalmente en la región situada entre Roma y Civitavecchia, cuyos campesinos sacaban de ellas más provecho que de la mejor cosecha. Pero esta principesca munificencia degeneró en prodigalidad. Decíase en son de burla que León X había arruinado a tres pontificados: había dilapidado, en efecto, el tesoro dejado por sus ahorrativos antecesores, las rentas de su propio reinado y además las de su sucesor, que se vería obligado a pagar sus deudas. Lo que más entristece al considerar la pompa mundana de León X, es pensar que bajo su régimen empezó la gran apostasía del norte de Europa. Mientras Lutero fijaba sus tesis en Wittenberg, en el Vaticano se representaban comedias. Bajo Julio II la situación se había hecho muy grave, pero aún no desesperada; ahora era de veras desesperada, pero nadie la tomaba en serio. Se marchaba de cabeza al abismo entre risas y danzas.

Políticamente, León X fue, en conjunto, afortunado. Educado, como auténtico Médicis, en todas las artes diplomáticas de la época, cambió continuamente de posición, conspirando ora con los franceses contra el emperador, ora con el emperador contra los franceses, ora con ambos a la vez, pero siempre fue dueño de la situación. Como además del Estado Pontificio gobernaba a Florencia, hizo del papado una gran potencia política.

### *La conjuración de los cardenales.*

Hasta qué punto había llegado la corrupción en Roma, lo demuestra la conjuración de los cardenales en 1517, año en que Lutero publicó sus tesis. León X era un papa popular, pero entre los cardenales había muchos descontentos. Cabeza de la conjuración fue el cardenal Petrucci, el cual estaba además movido por sentimientos de rivalidad política, ya que hasta poco antes su familia había ocupado en Siena una posición análoga a la de

los Médicis en Florencia. El plan de Petrucci era asesinar al papa con ayuda de su médico. Ganó a su causa a los cardenales Sauli, Soderini, Accolti, Castellesi e incluso al viejo camarlengo Rafael Riario, el nepote de Sixto IV. No podemos decir con seguridad en qué medida estaban éstos complicados en el proyecto de asesinato, pero lo cierto es que dejaron las manos libres a Petrucci. Riario esperaba con esta ocasión llegar a ser papa. El complot fue descubierto, y León X intervino enérgicamente. Petrucci fue ajusticiado, y los demás escaparon del mal paso con fuertes multas en dinero. Seguidamente León X tomó la medida más indicada en tales circunstancias, que fue nombrar en un sólo día treinta y un cardenales, con lo cual no sólo cambió el aspecto del colegio cardenalicio, sino que además el papa volvió a ser el dueño de su propia casa, puesto que desde hacía mucho tiempo, casi desde la época de Aviñón, los cardenales se habían habituado a actuar al lado del papa como príncipes independientes. Entre los nombrados había algunas personalidades distinguidas: De Cupis, Campeggio, Adriano de Utrecht, el futuro Adriano VI, y además tres generales de órdenes: de los franciscanos Cristóbal Numai, de los agustinos el noble Egidio de Viterbo, de los dominicos Tomás de Vío, conocido por el nombre de Cayetano por su patria Cayeta (Gaeta), el más importante teólogo de aquel tiempo.

Con estos nombramientos León X reparó muchos de sus otros errores, y sobre todo echó las semillas para una posterior reforma. Pero considerado en conjunto, no puede decirse que figure entre los papas que han honrado la sede de Pedro.

#### *Adriano VI (1522-1523).*

León X murió inesperadamente. A su muerte pudo verse cuán completo había sido su dominio de la política. Heredó su prestigio su primo, el cardenal Julio de Médicis, que había sido su principal colaborador como vicescanciller y secretario de estado. Julio de Médicis estaba, políticamente, al lado de la entonces ascendente monarquía de Carlos V. Pero en el colegio cardenalicio existía también un numeroso partido antimédiceo, como reacción contra el autocrático gobierno de León X. La oposición no cejó hasta que los Médicis propusieron, en su ausencia, al cardenal Adriano de Utrecht, obispo de Tortosa, en pro de cuya candidatura el famoso Cayetano empeñó toda su influencia.

En su fuero interno, ni los cardenales ni los romanos estaban satisfechos con esta elección. Adriano era holandés, o sea, un bárbaro, a juicio de los romanos. Había sido preceptor de Carlos V, y más tarde había tenido en sus manos el gobierno de España, primero junto con el cardenal Cisneros y, muerto éste, como único regente en nombre de su soberano. Hasta tal punto parecía una criatura del emperador, que muchos opinaban

que tanto hubiera valido hacer papa a éste. Cuando a los ocho meses de elegido se presentó en Roma, donde nadie le conocía, el desencanto fue aún mayor. Adriano era un sacerdote modelo, piadoso, ascético, instruido, pero a los ojos de la Roma medicea demasiado severo, seco, pedante, prosaico. Era más un profesor que un estadista, más un monje que un príncipe de la Iglesia. Demasiado anciano para adaptarse al nuevo ambiente, no podía tampoco desprenderse de la gente que hasta entonces le había rodeado. Los holandeses que trajo consigo, Enkevoirt, Ingenwinkel, Dirk van Heeze, todos ellos hombres muy dignos, excitaban la hilaridad de los romanos, ya sólo por sus nombres. Es posible que al fin hubiera conseguido imponerse, pero murió al cabo de un año. En su sepulcro en la iglesia alemana de Santa María dell'Anima se lee la siguiente inscripción: «¡Ay dolor! ¡Que los méritos de un hombre, aun del mejor, dependan tanto del tiempo en que le tocó vivir!». Desde entonces nadie ha querido repetir el experimento de elegir a un papa no italiano (hasta la elección de Juan Pablo II). De todos modos, el simple hecho de la elección de Adriano demuestra que ni en aquella desdichada época el espíritu eclesial estaba muerto en la curia romana.

#### *Clemente VII (1523-1534).*

El nuevo conclave duró cincuenta días. Puede decirse que sólo había dos candidatos: el cardenal Julio de Médicis, en favor del cual hablaba su inmenso prestigio político, y el cardenal Alejandro Farnesio, reputado por sus extraordinarias dotes. Finalmente venció el Médicis, y no para bien de la Iglesia.

Clemente VII era muy distinto de su primo León X. Era un trabajador infatigable, parco, serio, no con la seriedad profesional de su predecesor holandés, sino con la tranquila dignidad de un gran señor, nacido en una familia principesca. León X era de una fealdad poco común, pero amable, encantador, sociable; Clemente VII era un hombre apuesto, pero frío y distante. Sólo en una cosa superaba a su primo: si León X había sido, en política, taimado, precavido y avisado, Clemente era superastuto y receloso. Esto había de ser su desgracia.

Coincidió con el principio de su pontificado la famosa batalla de Pavía, en la que Carlos V derrotó y apresó al rey Francisco I de Francia. Francisco I no tenía la menor intención de cumplir las duras condiciones con que tuvo que comprar su libertad, e inmediatamente de obtenerla concluyó contra Carlos V la Liga de Cognac con Venecia, Milán y Florencia. Clemente VII, que hasta entonces había estado en buenas relaciones con el emperador, consideró llegado el momento de sacudirse la opresión de éste, que poco a poco se le hacía intolerable, y se adhirió a la Liga. Carlos V no vaciló un momento en recoger el guante. Cuando las

cosas se pusieron serias, todo el mundo se retiró de la Liga, hasta Francisco I, y el papa tuvo que enfrentarse solo con el irritado emperador. Carlos V, que quería portarse siempre como un fiel hijo de la Iglesia, consultó a sus teólogos y canonistas si podía volver sus armas contra el pontífice. La mayoría contestó afirmativamente, ya que el papa era en cierto modo el agresor. Y entonces ocurrió lo que desde el tiempo de los Hohenstaufen los papas habían siempre temido y querido evitar a cualquier precio: Carlos atacó simultáneamente desde su reino de Nápoles y desde el norte. El ejército del norte estaba formado por españoles, italianos y lansquenets alemanes, estos últimos protestantes en su mayoría, bajo el mando de Frundsberg. Eran veintidós mil hombres, un gran ejército para aquel tiempo, y Carlos V, que siempre andaba corto de dinero, dejó que la soldadesca se arreglara por su cuenta, por lo que no tardó en amotinarse y en saquear cuanto encontraba a su paso. Las indisciplinadas huestes pasaron de largo ante Florencia, que se libró del saqueo pagando un rescate, y asaltaron a Roma el 6 de mayo de 1527. El papa, que había dejado pasar todas las oportunidades, la de someterse, la de resistir y la de escapar, se refugió en el castillo de Santángelo y fue sitiado allí mientras la soldadesca se entregaba a los más horrorosos excesos en la ciudad.

Tal fue el célebre «Saco de Roma», que renovaba el recuerdo de los tiempos de Alarico y Genserico, y que puso un trágico término a la suntuosa y frívola Roma del Renacimiento. La impresión causada en Europa fue tremenda. Carlos V, que era el responsable, tuvo que oír amargos reproches de sus propios súbditos españoles. El franciscano cardenal Quiñones, que tenía un gran ascendiente sobre el monarca, le dijo en la cara que ya no debía nombrarse emperador, sino general de Lutero.

Después de siete meses de sitio, Clemente VII compró su libertad cuando los imperiales se disponían a volar con minas el castillo de Santángelo, y escapó disfrazado a Orvieto. Hasta al cabo de un año no pudo regresar a la casi desierta Roma. Las tropas imperiales, diezmadas por la peste y el hambre, se retiraron finalmente a Nápoles, cuando en Roma no quedaba ya nada por saquear.

La paz entre el papa y el emperador se firmó en Barcelona en 1529. Los dos jefes de la cristiandad se entrevistaron en Bolonia, donde Clemente coronó emperador a Carlos V. La dependencia en que la Santa Sede vino a encontrarse con respecto al imperio español, que entretanto se había convertido en una potencia mundial, era mayor que nunca: vanas habían sido las sutilezas de la política papal, vanos todos los sacrificios. Si embargo, la desgracia real no consistía en eso, sino en que las cabezas de la cristiandad hubieran entrado en conflicto en el preciso momento en que la apostasía del norte empezaba a cobrar proporciones amenazadoras. Clemente VII no fue un mal papa: no deshonoró la silla de San Pedro como algunos de sus antecesores inmediatos. Sembró incluso en Italia muchos

gérmenes que más tarde habían de florecer en una auténtica vida eclesiástica, más quizá de lo que generalmente se dice. Pero fue un papa débil, que no supo sobreponerse a las nimiedades de la política cotidiana para enfrentarse enérgicamente, en la hora más crítica de la Iglesia, con la gran misión que la Providencia señalaba al papado.